

PQ6607

.J3

B3

1912

ES PROPIEDAD

PRIMERA PARTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL.—PONTEJOS 8.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1575 MONTERREY, MEXICO

En el anchuroso corralón, bajo un cielo de sombríos azules, duermen los segadores, haciendo cabezal del hatillo. No trajo la noche frescuras. Bocanadas de incendio sacuden á intervalos la atmósfera; vahos calientes brotan de la tierra, formando al ras de ella neblina. Los astros parpadean como ojos fatigados, predispuestos á la modorra. Hacia el fondo del horizonte brillan muy de tarde en tarde relámpagos.

La gente segadora duerme sobre los cantos que tapizan el corralón, junto á los montones de estiércol, al pie de los establos, á la puerta de las cuerdas y cochineras. Remordiendo el bocado último de su cena, se desplomaron contra el suelo. El sudor, reseco en sus trajes, desprende agrios olores; por sus bocas salen estruendosos ronquidos. De vez en cuando, un cuerpo se extremece, unas piernas se estiran y unos pesados zapatones golpean con metálico son los cantos.

Manuel despertó á la una y lleva otra hora sin poder conciliar el sueño. Cigarro tras cigarro, cinco encendió ya. Cuando lía el sexto, se incorpora,

se restriega con los puños los ojos, se pone lentamente en pie y, colgando su hoz de la faja, echa hacia el portalón.

Transpone el portalón, atraviesa la era, salta un cercado, toma asiento en los rebordes de una linde, enciende el pitillo, escupe á la atmósfera una ancha bocanada de humo y queda inmóvil, fijas las pupilas en las espigas que han de caer bajo el filo de su hoz. Apenas se las ve en la noche. Se las oye ir y venir á impulsos del aire mansurrón, con ruido sordo de marea.

—¿Quién fuma ahí?— gruñe cerca de Manuel una voz.

—No te asustes, Román— contesta el segador.— Ningún cuatrero es que venga al aquél de tus caballerías.

—¡Ah, Manuel, eres tú!— exclama el gañán, acercándose. ¿Cómo tan de noche despierto? Yo, á la cuenta, eché la siesta larga; pero tú... El trajín de la siega es duro. De que anochece, cuando los hombres caen contra el cabezal, caen pa no abrir los ojos diquíá el amanecer. Y porque les llaman, los abren. Trae lumbre y te haré un rato de compañía, si no estorbo. A naide quiero yo estorbar. Y menos á ti que á denguno.

Hay en el acento de Román mezcla de cariño y respeto para el hombre á quien se dirige. Este le escucha silencioso, con un codo apoyado sobre las rodillas y la barba en el puño.

—Se me fué el sueño;— murmura al cabo de una pausa.—No podía dormir y hacia este lindero me vine en busca de más fresco y de más buen olor. El corra-

lón, con los hombres y con el estiércol y con los animales, apesta.

—Peor golerá la cocina. Allí andan las mujeres. En cuanto esas condenás mueven los zagalejos, parece que se abre una cochinerá. Si no fuese porque, cuando están las cosas á punto, pierde uno hasta el olfato, ¡cualquierá!... ¿No es verdá tú, Manuel?

—¿Qué decías?— replica Manuel con acento distraído.

—Nada, hombre; sigue en tus pensares. Güenos decires sacas de ellos. ¡Mía que sabes!... Claro ¡cómo que has andao por el mundol!...

—Sé poco, Román. Allá tú y yo nos vamos de ignorantes. Algo se me alcanza por lo que he leído y por lo que he visto y por lo que he andado. Más que por eso, por mi tropiezo con un hombre que venía á ser para nosotros lo que Jesús para los suyos. Y como Jesús acabó. De un fusilamiento á una crucificación, poco va.

—Pues cúrate en salud, no te afusilen á ti tamién. A mosotros, claro que á mosotros, mos gusta lo que dices, y haríamos lo que mos dijeras. Pero á otros no les gusta; y son los amos. Es mala cuenta meterse con los amos.

—Peor cuenta es reventar de hambre. ¡Si todos los hombres del campo pensarán como yo!

—Pa largo va ese viaje. Y pa no muy cerca va el mío. Antes de amanecer he de estar en el Sotillo con las bestias. Son dos leguas cumplías y son las dos y amanece á las cuatro. Diquíá la noche.

El muletero se dirige á la pradería donde pacen

sus bestias, monta en una de ellas y sale á campo traviesa entonando un cantar.

Manuel no cambia de actitud. Más abstraído que antes parece, como si las frases de Román hubieran golpeado su espíritu.

Por su memoria pasan los años últimos de su vida, los diez y ocho años transcurridos desde que salió del pueblo para «servir al rey».

Era entonces un campesino igual á todos, más despierto de imaginación, más firme de voluntad, más brioso y enérgico, pero, como todos, ignorante; como todos, hecho á vivir su vida sin comprenderla ni juzgarla.

Con lo poco que sabía de letra y algo estudiado en la academia del batallón, alcanzó los galones rojos y pudo devolver á los quintos los cachetes que otros cabos le dieron cuando aprendía el ejercicio.

Tenía buena presencia el mozo. Por méritos de ella y de sus galones, era sultán de fregatrices. No faltaban nunca en su bolsillo la peseta para café, la cajetilla de cuarenta y cinco y el cigarro de á quince. Amén de esto, siempre había cocinera de tanda dispuesta á lavarle y coserle la ropa. Claro que esta cocinera pagaba la merienda todos los domingos y la habitación donde hacían alto para dar á la merienda deleitoso remate.

Durante más de un año hizo la existencia corriente en militar «de clase». Vivió feliz sin preocuparse por nada, partiendo el tiempo entre la disciplina y sus diversiones, encontrando muy naturales y muy justos, cuando los recibía, los cogotazos de sus superiores; considerando muy naturales y muy justos los co-

gotazos que daba él á sus inferiores. Si leía periódicos era no más que por enterarse de los *sucesos* y de las revistas de toros; si hablaba de política hacíalo afirmando que todas las políticas y todos los políticos tenían que achantarse y bajar la cabeza ante los maüßer y el cañón.

A veces, recordando su existencia anterior de labriego, maldecía de ella y de quienes explotaron sus brazos moceriles. ¡Ah, los amos, los que dejan morir de hambre al trabajador durante el invierno y le dan en las épocas de faena, por la faena improba, los dos reales y los tres gazpachos!

Afortunadamente era soldado ya; y seguiría siéndolo, reenganche tras reenganche, hasta que la vejez trajese el retiro. ¡No más esclavitudes! ¡No más gazpachos! ¡No más jornales cincuenteros! Si hubiera que volver á ello quizás que algún propietario no lo pasara bien.

La rebelión surgía en su espíritu cuando pensaba en retornos á la servidumbre aldeana. Ahora que estaba lejos de ella, que la costumbre de sufrirla había desaparecido, la contemplaba como era en la realidad, indigna de hombres, buena para bestias, si acaso.

Por dicha, la servidumbre terminó. La disciplina militar no era servidumbre. Era ley necesaria. Para que muchos obedezcan á uno, precisa rigidez. El de la milicia es un mundo aparte. El militar no es hombre, es militar: un corazón valiente, metido dentro de un uniforme, para defender á los corazones cobardes, para meter en cintura á los corazones rebeldes, para conservar la paz y el orden dentro del

país, para ir á la guerra con los de fuera del país y probarles que se vale más que ellos.

¡La guerra!... De haber guerra, de ascender los de tropa, sus galones de oficial no se los quitaba á Manuel nadie. Y de no haber ascensos, lo que es sin la laureada puesta en la chaquetilla no volvería de la guerra. Por el pronto, ya era sargento y servía el primer reenganche.

Aquel edificio de fanatismo militar se cuarteó una tarde, á la vuelta de la instrucción.

Con los quintos incorporados al regimiento, llegó uno de aspecto señorial, de azules y voluntarios ojos, de boca fina y firme, de frente espaciosa, partida en dos por una arruga honda que caía perpendicular entre sus cejas. Era el mozo pálido de color, lento de andadura, retraído de carácter. Mecánico de profesión, tocóle suerte de soldado y fué á serlo. En el regimiento y en la compañía de Manuel se alistó.

Aquella tarde, cuando regresaron los quintos y subieron á los dormitorios, echó menos Francisco — así se llamaba el mecánico — su bolsa de aseo. Ni dió queja alguna, ni formuló reclamaciones. Al girar el sargento Manuel su visita usual de inspección, notó la falta, y, encarándose con el quinto, hizo esta pregunta:

—¿Y tu bolsa de aseo?

—No sé.

—¿Que no lo sabes?

—No, señor.

—¿Y te quedas tan fresco con la contestación? ¿Crees que con ella me voy á conformar?

—No le puedo dar otra.

—La darás — gruñó Manuel refortificándose los bigotes. — Las bolsas de aseo no se pierden así como así. Una de dos, la has vendido ó te la han quitado. Si la has vendido, dilo pronto y di en cuánto y á quién. Si te la han quitado, debes sospechar de quien sea. Denúncialo, yo me encargo de que vomite la verdad.

—No he vendido la bolsa.

—Entonces han debido quitártela. Cuando salimos para la instrucción la tenías; la he visto yo. Ninguno subió al dormitorio antes que tú. Contigo subieron tres ó cuatro. El ladrón tuvo que acercarse á tu cama y tú debiste verle. Recuerda quién fué.

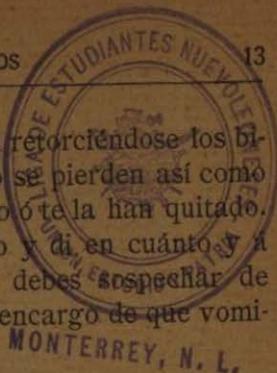
Francisco recordaba perfectamente que un soldado viejo se había adelantado á él y á sus compañeros; que él había visto desde la puerta salir de junto á su cama al soldado viejo con un bulto en la mano. Estaba seguro de que era su bolsa de aseo el bulto aquel; pero estaba también seguro de que el ladrón, una vez descubierto, sufriría castigo desproporcionado á la falta y le parecía inicuo delatarle. Por una bolsa de aseo no se manda á presidio á un hombre. De ahí que resolviera no hacer la denuncia. De acuerdo con este propósito, dijo:

—A nadie ví, sargento.

—¡Con que no!... Entonces eres tú, sinvergüenza, quien vendiste la bolsa.

—Ni soy un sinvergüenza, ni he vendido la bolsa, ni tiene usted derecho á insultarme — exclamó Francisco con voz firme y tranquila.

—¡Derecho á insultarte!... No insulta quien dice la verdad. Además yo, contigo, tengo derecho á



todo. Por algo soy tu superior. Si no te has enterado, entérate.

—Hace tiempo, desde que tengo uso de razón, estoy enterado de una cosa: de que soy un hombre y de que ningún hombre tiene derecho á ofenderme cuando no doy motivo.

—Ese es buen decir entre paisanos. En el cuartel se hila de otra manera. Déjate de pamplinas y contesta tal que si dieras Catecismo. ¿Has vendido la bolsa?

—No.

—¿Te la han quitado?

—No lo sé. Ni aunque lo supiera lo diría. No me gusta ser delator.

—Lo sabes y vas á decirlo; por las buenas ó por las malas, yo te haré cantar.

—Es difícil que uno diga nada cuando nada sabe ó cuando nada quiere decir.

Ante aquella dulce terquedad, el sargento, que era vivo de genio, sintió que el genio se le iba bajando á las manos.

—¡Te negarás á obedecer!—murmuró roncamente

—Me niego á delatar á nadie.

—¡Desobedeces!...

—Callar no es desobedecer.

—¡Yo te haré abrir la boca, canalla!

Y Manuel, levantando el brazo, descargó un tremendo bofetón sobre la cara del recluta.

Este se puso lívido y dió un paso atrás apretando los puños. La arruga de su frente se hizo más honda, más sombría. Levantó los ojos azules, miró al sargento hito á hito, y con voz serena, en la que no ha-

bía vibraciones de temor ni de cólera, le arrojó en rostro esta palabra: ¡Cobarde!

—¡Cobarde!—rugió Manuel.—¡Yo cobarde!... ¡Me has dicho cobarde!—añadió, cogiendo á Francisco por el cuello de la guerrera y zamarreándole.

—Te he dicho cobarde porque lo eres. Es gran cobardía abofetear á un hombre que no se puede defender. ¿Crees que esos galones te autorizan á abofetear á otro, á un hombre que, cuando salga y salgas de aquí, será un obrero como tú, un hermano tuyo en el trabajo y en la servidumbre? ¡Si lo crees, mereces lástima!... ¡Pronto has olvidado que pertenecemos á una casta misma, la de los explotados! ¿Por esos galones que llevas te juzgas ya de la casta de los explotadores, y pones, como ellos, la razón en el golpe y en el castigo?... ¡Si es así, continúa pegando, y cuando llegue la ocasión, cuando hermanos tuyos pidan en las calles justicia, dispara contra tus hermanos!... Si lo haces, serás aún peor que cobarde, serás un traidor á tu causa. Ahora, pega si quieres.

Manuel no pégó. Con la cabeza baja, sin atreverse á mirar frente á frente á Francisco, sin replicar á sus razones, le envió al calabozo.

No fueron al calabozo con el quinto las palabras del quinto. En la memoria y en el corazón del sargento quedaron. A sus solas dió éste en pensar que el mecánico tenía razón; que era cobardía abusar de los galones para abofetear á un hombre; que el obrero, á los obreros se debía, no á los explotadores, á los verdugos del obrero. El ejército no era lo que debía ser: brazo armado por la patria para defen-

derla; era muchas veces instrumento de los opresores contra los oprimidos. Los oprimidos no debían amarle. En el breve espacio de ocho días se vino abajo en el espíritu de Manuel la falsa leyenda militar. Sintió disgusto de su oficio, y comenzó á maldecir la hora en que se había reenganchado, á desear que finaran los años del reenganche para desprenderse del uniforme y volver con los suyos, con los que en los campos y en los talleres y en las fábricas trabajan y sufren, aguardando su redención.

Cuando Francisco salió del calabozo, Manuel y él intimaron. Tenía el mecánico carne de apóstol y era firme adalid de las reivindicaciones obreras. A ellas había que llegar por todos los medios. El período actual era período de lucha á muerte entre dos castas, la proletaria y la burguesa. Había que ir á la gran batalla, vencer á los burgueses, derribarlos, imponer la nueva doctrina. Luego vendría la paz, el mundo nuevo, donde vivirían todos los hombres en hermanos, sujetos á leyes santas de fraternidad y de amor.

Estas ideas fueron inculcándose poco á poco en el cerebro del trabajador campesino. Ayudáronle en tal evolución lecturas de libros y periódicos que Francisco le proporcionaba. Muchas cosas seguían siendo oscuras y laberínticas para él. Cifras, problemas económicos, balances aritméticos entre las ganancias del capital y los rendimientos del trabajo, no encajaban en su meridional sesera, conformada para lo romántico y lo indeterminado. Sólo veía claramente una cosa: la injusticia social que obliga á unos hombres á sacrificarlo, á entregarlo todo, para

que otros hombres lo disfruten y lo recojan todo; la desigualdad irritante que divide á las criaturas humanas. Esto si lo veía claro; y de ello su espíritu rectilíneo, simple, deducía una consecuencia: que la injusticia y la miseria y la desigualdad debían concluir. ¿Cuándo? Lo antes posible. ¿Cómo? Como fuera. El cómo era lo menos.

Fué rápida la transformación. Bien es cierto que á ella ayudaron, más que las lecturas y el proselitismo del mecánico, la herencia de servidumbre, de esclavitud, de odio depositada en la sangre de Manuel por cien generaciones de jornaleros campesinos. Aquellas generaciones habían soportado paciente-mente, sin darse cuenta cabal de ellas y de la injusticia que ellas significaban, la esclavitud y la miseria; pero también, sin darse cuenta de ello, el odio y el ansia de desquite se habían ido infiltrando en la sangre de esas generaciones y habían pasado de una en otra. Era la semilla caída en el surco, germinando lentamente en las frialdades del invierno, aguardando una primavera que la hiciese brotar en tallos sangrientos, en flores sombrías de rencor.

Cumplido su tiempo de servicio, el mecánico abandonó las filas dejando en ellas á Manuel.

El obrero fué á B***, gran ciudad minera, y halló trabajo en una de sus fábricas. De largo en largo el sargento y él se escribían.

Un día trajeron los periódicos alarmantes noticias de B***. Los mineros, hartos de los patronos, se habían declarado en huelga.

La huelga fué pacífica en sus comienzos. Los mineros solicitaban un aumento mínimo en sus jornales

ó una mínima reducción en las horas de su trabajo. Los patronos se negaban á esta petición.

Cesaron las faenas y comenzó la lucha entre proletarios y burgueses. Aquéllos resistían esperanzados en que el paro y las consecuencias del paro harían ceder á éstos; éstos resistían también seguros de que su oro les permitiría hacer frente á la huelga, y de que la miseria rendiría á los trabajadores.

Los mineros, ayudados por otros oficios similares, se mantuvieron firmes. La caridad obrera abrió sus brazos á los hijos de los huelguistas. Hogar tuvieron los chiquillos donde como á propios les cuidaban. Libres los huelguistas de la preocupación de los hijos acrecieron en tenacidad y energía.

Sosteníanles sus mujeres, más bravas y más resueltas que ellos.

El Gobierno intervino. Hubo conferencias con los patronos; ofrecimientos, sólo ofrecimientos de leyes más equitativas; arbitrajes inútiles de patronos, gobernantes y obreros. Toda la comedia político-social de rigor fué representada, sin omitir requisitos ni gastos.

Los obreros celebraron *meetings*, muchos *meetings*; los ministros Consejos, muchos Consejos; los patronos reuniones y juntas, muchas juntas y muchas reuniones. El público se arrebatava los periódicos de las manos. Había en ellos para todos los gustos: artículos furibundos donde se ponía á los mineros de rebéldes, de intransigentes, de insurrectos y de perturbadores; furibundos artículos en que se llamaba á los patronos codiciosos, egoístas, crueles... Cada ciudadano, cada neutro, leía el periódico

de su predilección, tomando café con los amigos y dando á la atmósfera los humos azules del cigarro.

Manuel también leyó la prensa. Estaba con los de la mina. ¡Ah, si él fuera general, coronel siquiera, de qué buen gusto iría con sus tropas á B*** á pelear contra los patronos, á defender á los proletarios, á ayudar á uno de sus caudillos, á Francisco González, al antiguo quinto de su regimiento, á su amigo Francisco! El nombre de éste iba y venía ahora por las columnas periodísticas, entre elogios y vituperios. Francisco era el director principal de la huelga.

Hecha la avenencia imposible, el Gobierno se declaró vencido. Los patronos recurrieron á los esquirols y los huelguistas chocaron con éstos. El primer choque fué contrario á los esquirols. Acobardados por la actitud de los mineros, se negaron á trabajar si no les protegía la fuerza pública. Los patronos acudieron al gobernador; éste les dió apoyo, y como los agentes de orden público y la guardia civil resultaban insuficientes para amedrentar á los huelguistas, el gobernador civil resignó el mando en el militar; el militar pidió refuerzos al Gobierno y el Gobierno los envió, declarando el estado de guerra, según él, para restablecer el orden; según los patronos, para garantizar la "santa libertad del trabajo"; según los huelguistas, para poner los fusiles de la parte de los patronos y proporcionarles el triunfo.

Al regimiento de Manuel le tocó acudir en refuerzo de las tropas de B***. Salieron los expedicionarios en tren especial, con vía libre para llegar antes y con antes. Los soldados, con el estómago lleno y las

botas repletas de vino, reían, cantaban y bailaban en los vagones. Algunos prometían no dejar un huelguista vivo. Manuel, recostado contra un ángulo del carruaje, cerraba los ojos, como si cerrándolos pudiera evitar el espectáculo futuro, la hora del choque entre soldados y huelguistas; el segundo horrible en que él, sargento, tendría que disparar su fusil contra los trabajadores de B***, acaudillados por Francisco.

El momento llegó. La presencia de los soldados no puso miedo en los huelguistas. Azuzados por el hambre, envalentonados por sus mujeres, se arrojaron sobre los esquirols para disputarles los montes socavados, durante años y años, por el acero de sus picos; los hornos donde habían tostado sus pieles; las máquinas, entre cuyos dientes habían dejado piltrafas sangrientas de su carne.

Los soldados protegieron a los esquirols; los huelguistas arremetieron contra los soldados. Los oficiales, pálidos, con la contrariedad en los rostros, trataron de evitar el conflicto, arengando a la multitud, conteniendo a la tropa. Fué inútil. Un tiro partió de los huelguistas; un soldado rodó muerto por tierra y todos los fusiles, menos uno, el fusil de Manuel, dispararon contra los agresores.

Algunos cayeron. Los restantes, mujeres, hombres, niños, empuñando picos, pistolas y barrenas, ciñendo con las manos trozos de mineral, prosiguieron su avance.

La pelea fué horrible. Los hombres de la mina golpeaban con sus picos en los cuerpos de esquirols y soldados; las barrenas se hundían en los uniformes; los dientes de las hembras mineras mordían en las

gargantas militares; las piedras de los chicos aplastaban roses y chapas. Al par de esto, los fusilazos de la tropa derribaban filas de obreros; los revólvers de los oficiales piñoneaban la muerte; los cuchillos de los máuser entraban y salían en la carne de los hambrientos. El humo de la pólvora volvía ceniza el ambiente; los clarines sonaban agrios, los gritos de la multitud fieros. La sangre corría sobre el empedrado en arroyuelos rojos.

De pronto se replegó la tropa, abriéndose en dos grupos. Tres cañones llenaron el espacio libre; un sólo rugido estalló y la metralla, barriendo hombres, mujeres, niños, sembró el espanto en la multitud. Esta huyó prorrumpiendo en un alarido formidable.

Racimos de muertos negreaban sobre la plaza; los heridos se retorcián angustiosamente, implorando socorro. Los patronos vencían. La huelga estaba dominada.

Mientras La Cruz Roja recogía los cadáveres y prestaba auxilio a los heridos, los soldados hacían prisioneros. Entre ellos figuraba Francisco, el jefe, el provocador de la revuelta. Sereno, tranquilo, sonreía con su boca de finos labios; sus ojos azules miraban con dulzura a los muertos, amontonados a sus pies; por su hombro izquierdo chorreaba la sangre. Estaba herido de un balazo. La arruga vertical de su frente, era más sombría y más honda.

Manuel se ocultó entre los soldados para no ser visto del mecánico.

Le vió; tuvo la obligación terrible de verle en la capilla donde Francisco, condenado a muerte por un consejo sumarísimo, aguardaba el fusilamiento.

Tocó á Manuel montar la guardia y algo más cruel y más triste. En el sorteo le correspondió, con otros soldados, componer el piquete que había de matar á Francisco.

La entrevista fué para Manuel emocionante, dolorosa. Con los ojos húmedos, llegó donde estaba el mecánico. Este le abrazó. Más tranquilo que jamás se mostraba. La dulcedumbre de los ojos se había enjoyecido con destellos de misericordia y amor; los labios finos sonreían con inagotable bondad; en la frente espaciosa reverberaba un rayo de sol, volviendo surco de oro la arruga vertical que caía entre sus dos cejas.

— Ven junto á mí—dijo— ¡Qué remedio! Aún no eres libre. Aún estás amarrado á ese uniforme que te obligará mañana á fusilarme. ¿Ves como tenía razón?... Vamos, no te apures. ¿Qué más da tú que otro?... ¡Siempre será un hermano, un obrero quien encare su arma contra mí!... No es culpa de él; ni siquiera lo es de esa máquina de uniformes rojos y azules á que tú perteneces. Culpa es de una bárbara organización social, en la que todos ¡todos!... yo mismo, giramos prisioneros. Porque la organización social cambie; porque la humanidad sea una sola y amorosa familia, he predicado, he peleado yo. En la pelea tropiezo con la muerte. No importa. La muerte puede ser un triunfo. Mi cadáver, agujereado por las balas, será para los humildes bandera.

—Para mí lo será—murmuró Manuel.

—Pues si ha de serlo, no te aflijas. No llores porque una bala de tu matüser haga un jirón más en la bandera. Al caer ella, álzala y sacúdela al viento.

Ve, cuando ese uniforme abandone tu cuerpo, á predicar entre los tuyos el mundo por venir. ¡Mover á la gente del campo! ¡Esa es la gran faena! Si el campesino dice ¡vamos!, todos los diques se abrirán. Falta mucho; pero es necesario que unos siembren para que otros recojan. ¿Serás un sembrador, hermano?

—Lo seré—contestó Manuel, apretando con fuerza la mano de Francisco.

—Pues aguarda tu momento, mientras yo aguardo el mío. Última siembra mía será mi muerte de mañana. La sangre es buen abono para que los gérmenes broten.

Las claras pupilas de Francisco se ensancharon en éxtasis; su faz se empurpuró. El rayo de sol que se cernía por los vidrios, dibujó una aureola diamantina sobre la frente del mecánico; sus labios se movieron como si hablaran al oído de una criatura invisible.

Manuel recordaba en la noche cálida, bajo el cielo de sombríos azules, frente á los trigos que á los golpes del aire iban y venían con ruido sordo de marea, aquel minuto augusto, aquel místico arrobamiento del obrero que le hizo á él retirarse silenciosamente, sin una palabra, sin un ademán de despedida.

Tras la imagen del momento solemne, venía la del momento trágico: Francisco caminando entre cuchillos con el paso firme y el mirar puesto en la lejanía; el cuadro formándose; los fusiles temblando en los puños de los soldados; el oficial, lívido, mordiéndose el bigote; el reo dando frente al piquete, sonriendo á la multitud y gritando: ¡viva el porvenir!, mientras le vendaban los ojos.

Entonces fué, cuando al encararse contra Francisco los fusiles, Manuel arrojó el suyo y salió corriendo á tiempo que los cañones retronaban y Francisco caía redondo, sin una convulsión, sin un ¡ay!...

En la obscuridad relucieron los ojos de Manuel; sus manos arañaron la tierra; después se alzaron al nivel de los ojos, restregaron tercamente los párpados y descendieron abiertas, sacudiendo el aire para desprenderse de algo que les hacía estorbo.

* * *

A modo de paréntesis, se abrían en la memoria de Manuel sus años de condena, sus días penosos y sus noches de insomnio en el correccional. Al fin se vió libre, libre del todo. Con la pena le privaron del uniforme.

Libre era, libre pensaba ser, mientras el tren, que había de dejarle cinco leguas más acá de su pueblo, ganaba un lugarejo y otro, una y otra ciudad.

Manuel, asomado á la ventanilla, contemplaba el desfile rápido de paisajes. En todos ellos, en los montes y en las llanuras, en los surcos de los sembrados, en los montecillos del viñedo, en el tapiz de las praderías, en los plantales de naranjos y olivos, veía hombres encorvados, con la herramienta entre los puños y el sudor en las frentes. Unos trabajaban solitarios; trabajaban otros en grupos, apaleando la aceituna ó recogiendo la naranja. Los de aquí, esparcidos, repartidos entre las vides, limpiaban los

sarmientos; los de allá, abrían surcos con la azada. Estos cuidaban cabras ó corderos ó toros. Al paso de los vagones se erguían, requiriendo el cayado, azuzando á sus mastines contra la máquina humeante. Caminaban aquéllos en fila, con grandes cargas á los lomos, doblados, casi á cuatro pies. Muchos, tendidos cara al sol, dejaban humear los cigarros.

Al mismo tiempo que desfilaban los hombres del terruño, desfilaban sus habitaciones. ¡Viviendas miserables hechas con piedras sin labrar, entechadas con resecos cañizos! Por toda ventilación, una puerta y un ventanuco; á veces, no más que la puerta. Casi todas las techumbres sin otra chimenea que un agujero circular, poco manchado de humo.

A la puerta de estos casucos estaban las mujeres y los hijos de los trabajadores. Los niños, casi encueros, dando al sol sus carnes anémicas, donde parecía gordura la hinchazón; las mujeres sucias, renegridas, caídos los moños y descalzos los pies, zurrían pingajos, escardaban matas, requisaban rastros...

Aquel mundo de ignorancia y de miseria era el que Manuel debía redimir. ¡Ruín y doliente enjambre, que el hambre desperdigaba por los campos, desconocedor de su derecho y de su fuerza, acostumbrado durante centurias á la resignación y á la servidumbre!

¿Cómo hacer de aquello un ejército? ¿Cómo transformarlo en legión? Era labor ruda para Manuel, que al llegar á su pueblo resultaba un extraño, con los padres muertos, con la escasa hacienda perdida, con la hermana única formando rancho aparte con

sus crías y con su macho, repugnando intimar, al recelo de que el ex-sargento, el ex-presidiario, fuera una boca hambroña más en la cocina de su casa.

Afortunadamente otro hombre se había adelantado á Manuel. Aquel hombre pertenecía á la casta burguesa, pero se independizó de ella y puso todas sus energías, todo su gran entendimiento al servicio de los desheredados.

En su juventud fué revolucionario político, republicano fervoroso, hombre de fusil y de barricada. En Cádiz, en Cartagena, en Zaragoza, en Valencia, en Barcelona y en Sevilla..., donde reclamaban, arma al brazo, un progreso, surgía la figura alta y huesuda de Fermín Goicochea, desafiando, impávido, todos los peligros.

Era de hielo aquel apóstol. Nunca se le vió ni palidecer ni irritarse. Iba donde lo creía justo ó preciso sonriente, tranquilo, oculta la expresión del mirar por unos anteojos azules.

Fué rico, muy rico y gastó sus caudales en empresas revolucionarias. Desengañado de revoluciones políticas, habiendo recorrido todos los presidios de España, se inclinó á otra revolución más humana, más honda: á la gran revolución social, que advendría como una convulsión geológica, derribándolo todo, para rehacerlo todo sobre cimientos de justicia.

¡Obra titánica aquella de rehacer un mundo! Goicochea la emprendió á los cincuenta años cumplidos. Creyendo que el pechugón definitivo vendría de los campos, abandonó las ciudades y fué, de pueblo en pueblo, de campiña en campiña, proclamando la

sociedad nueva, el derecho de los esclavos á romper sus argollas.

Toda pasión, menos la pasión revolucionaria, había muerto en él. Sobrio, humilde, indiferente á comodidades y bienestares, viajaba sin otro equipaje que un terno raído y una muda, hecha envoltorio, sobre un palo. Para comer le bastaba un cacho de pan duro; para beber un sorbo de agua; para dormir una piedra, un montón de tierra ó de estiércol. Si alguien le llamaba Don Fermín, respondía: "Fermín, sólo Fermín. Ningún hombre es más que otro. Los "dones," y los títulos son tornillos hipócritas con que los burgueses refuerzan la credulidad de los ignorantes. Tú por tú, nos debemos llamar,. Si, necesitado de ir á esta ó aquella diligencia, cualquiera se ofrecía á realizarla por él, exclamaba: "¿Lo haces porque te crees inferior á mí? ¿porque imaginas que yo merezco ser servido?... Desecha ese atavismo, rae de tu espíritu la servidumbre. No hay superiores. Ninguna bestia cumple los menesteres de otra. No seamos de más baja y de más servil condición que las bestias,."

Recordaba entonces Manuel su primer encuentro con Fermín Goicochea.

Fatigado con el peso de una saca de trigo, dejó caer la carga y tomó asiento en una linde.

Echaba yescas al pitillo cuando vió llegar, camino adelante, á un hombre alto, huesudo, mal trazado, de cabellos y barba blancos, de ojos cubiertos por unos anteojos azules. Creyóle de momento un mendigo. En el tono de sus "buenas tardes,," comprendió que no era un pedigrifeño.

Llegóse el anciano á beber en la fuente próxima, echó cumplido el trago, y dirigiéndose al labriego, le dijo:

— ¿Descansas?

— Pesa mucho este saco. Bien puede esperar su amo unas miajas.

— ¿Tiene amo ese trigo?

— Y con muchos y repletos graneros. Don Antonio Méndez se llama.

— Creí que, de ser alguno, de poder ser en justicia alguno, amo de ese trigo, tú lo eras.

— ¡Yo!...

— Veamos — exclamó el viajero, sentándose junto á Manuel. — ¿Quién cavó la tierra donde iban á sembrar ese trigo?

— Yo.

— ¿Quién metió en la tierra el arado para trazar los surcos?

— Yo.

— ¿Quién echó en los surcos la simiente?

— Yo.

— ¿Quién cuidó el crecimiento de los gérmenes y el nacer de los brotes?

— Yo.

— ¿Quién segó el trigo?

— Yo.

— ¿Quién lo trilló y lo aventó y lo metió en los sacos?

— Yo.

— ¿Quién lo lleva en hombros al granero?

— Yo.

— ¿De quién será ese trigo entonces?

— Mío. De los míos, de quienes como yo trabajan y fecundan la tierra, — gritó Manuel, contemplando á Goicochea con gratitud y asombro.

Así predicaba Goicochea, de hombre á hombre, uno á uno. Así era menester predicar á las criaturas dispersas é ignorantes de la montaña y la llanura. Por obra de sus predicaciones, las conciencias campesinas despertaron en aquella región; una temible sociedad de braceros, á cuyo frente figuraba Manuel, hizo respetar y valer sus derechos. Durante algunos meses la situación de los trabajadores fué menos miserable, más propia de hombres.

Hecha su faena, Goicochea no se detuvo. Era un sembrador. No esperaba á recoger los frutos. A otras regiones fué con el brazo en alto, dando la semilla á los vientos para que los vientos la esparcieran.

Una huelga perdida y rudamente castigada, agotó los recursos y la energía de los trabajadores. Acobardados y hambrientos se desperdigaron otra vez, llevando el rencor y el ansia de desquite en las almas, pero humillándose ante el látigo de los amos que, después de la victoria, crujió más fuerte y pegaba más duro. Era necesario esperar.

Manuel esperaba. Esperaba en la noche cálida, bajo el cielo de sombríos azules, frente á los trigos que iban á caer bajo el filo de su hoz. Esperaba, revolviendo en su imaginación los diez y ocho años últimos de su vida, viendo en la obscuridad dos imágenes alentadoras: una era Francisco gritando ¡viva el porvenir!, mientras le vendaban los ojos. La otra era Goicochea, alto, huesudo, persuasivo, señalando con el índice los límites del horizonte.

Amaneció. Dos pájaros madrugadores volaron sobre la cabeza de Manuel. Éste alzó la frente y puso oídos á un rumor que venía del cortijo inmediato. Parecía viaje de caballerías herradas. Eran los segadores.

Caminaban despacio, con andadura acompasada, agujereando el suelo con sus ferrados zapatones. Bajas las frentes, curvados los hombros, receloso el mirar, pasaron por cerca de Manuel en silencio, sin un cantar, sin una voz. Los brazos bailoteaban al largo de los cuerpos, las hoces pendían en las fajas, siguiendo el vaivén de los hombros.

Manuel se puso en pie. Un sol de incendio enrojeció el espacio.

Al brillo de este sol, Manuel, erguido sobre una linde, con la hoz curva en la diestra, los pantalones de lienzo ceñidos hasta la rodilla por el correaje de la abarca, la camisa entreabierta, los rojos cabellos desmechonándose sobre la frente y las guías del bigote caídas contra el mentón, parecía uno de aquellos salvajes caudillos que abortaron las selvas para castigo y ruína de Roma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Tt. 1625 MONTERREY, MEXICO

María se incorporó en la cama al primer rayo de luz que transparentaron los vidrios. Tenía á su cargo una veintena de mujeres. Si no las despertaba á gritos seguirían durmiendo como unas marmotas. ¡Buenas gandulazas estaban!... ¡Así como así, les restaba floja tarea!... ¡Limpiar los graneros! ¡Palear y amontonar el trigo de la última cosecha!... ¡Recoser los sacos!... ¡Dejar las medidas limpias y relucientes tal que si el pino fuera esmalte y los aceros plata!... ¡Y todo con el tiempo tasado!

No hubo pereza en la hija de Juanón. De un salto abandonó la cama y quedó en pie, sobre las baldosas, con la camisa colgando de los hombros y la mata del pelo suelta. Fué descalza hasta el ángulo de la habitación, donde estaba el palanganero; empuñó el jarro lleno de agua, hizola caer en la jofaina de arabescos azules y comenzó á lavotearse.

Casi desnuda estaba, hecha la camisa rebujo sobre la cintura y el vientre. El agua jabonosa corría por su espalda, por su nuca, por la canal suave, abierta en sus duros pechos de virgen, por los sobacós, donde temblaban ricillos de azabache.